

¿Jano o cabeza de Medusa? Historia y Política en Israel¹

CARMEN LÓPEZ ALONSO

«Presente: allí donde pasado y futuro se reconcilian»
OCTAVIO PAZ, *Los signos en rotación*

LA historia del estado de Israel es reciente, cincuenta años en 1998. Un año antes, en 1997, se conmemoraba el centenario del nacimiento del sionismo, origen y motor de ese nuevo estado-nación según la historiografía canónica. Un estado nuevo, orientado hacia un porvenir en el que se llevaría a cabo el proyecto de una sociedad igualitaria y socialista pero que se presenta, a la par, como directamente enlazado con un pasado que hundiría sus raíces en los tiempos bíblicos, hace más de dos milenios. Es decir, una especie de reconciliación entre pasado y futuro en la realidad de un presente continuo en el que, por fin, se produciría la normalización de la nación judía, ya una más entre el resto de las naciones. Una normalización que, además, al haber realizado ese ¿último? sueño de la razón que es la construcción de una sociedad igualitaria y socialista, convertiría a Israel en la «luz de todas las naciones», en palabras de Ben Gurion/Isaías². Y, con ello, todos los fantasmas de la razón, todas las sombras, quedarían borradas. No sólo las del pasado con su imagen exílica

¹ Este artículo forma parte de un trabajo más amplio, en curso, para el que se ha contado con una ayuda del MEC (PR-1997-0242, R.14. 5.98). A él nos remitimos para ampliar su aparato crítico, forzosamente reducido en esta versión. Su realización hubiera sido imposible sin la generosa colaboración de la Universidad Hebrea de Jerusalem y de su Departamento de Ciencia Política que me acogió, como profesora visitante, a lo largo de dos fructíferos semestres, en 1997 y 1998. Quede constancia aquí de mi agradecimiento a todos sus miembros, y, en especial, al profesor Zeev Sternhell, siempre amable, generoso y abierto, y siempre crítico, de quien este artículo, de cuyos errores y lagunas soy la única responsable, es en gran medida deudor. Para él, así como para los profesores Mario Sznadger, Stefan Schreiner y P. W. van der Horst, y para cuantos, con su lectura, sus sugerencias, y con su amistad, me han ayudado a lo largo de todo este tiempo a llevarlo a término, mi memoria y mi agradecimiento.

² Ben Gurion, *Stars and Dust*; la cita bíblica pertenece a Isaías 42, 6-7.

y sumisa, también las del presente, mediante el no siempre sencillo recurso de convertir en abstracciones realidades palmarias, vaciándolas de contenido: «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra».

En todo proceso de construcción nacional la historia es utilizada multipolarmente. Sirve de arma de combate, de instrumento legitimador, de inventora de pasados cuando no también de futuros. Ahora bien, lo que es interesante en el caso de Israel es que, sin llegar a ser una excepción que haga de esta nación algo único en la historia, sí presenta una serie de características peculiares que, a nuestro juicio, plantean problemas políticos cuyo alcance trasciende tanto el marco nacional como el del Próximo Oriente. Y ello no únicamente por la repercusión internacional que evidentemente tiene el conflicto árabe-israelí. Este enfrentamiento, esencial en el proceso de construcción del estado de Israel, se entrama en el conflicto que constituye siempre el núcleo de toda sociedad y que se manifiesta en forma de debate ideológico, de enfrentamientos internos, de tensiones políticas y sociales, étnicas y religiosas. Un conflicto oculto algunas veces por el solapamiento de sus elementos, otras por interesadas interpretaciones que lo sobrevuelan. En el caso de Israel, y desde la atalaya del reciente Jubileo, se pueden apreciar algunos importantes cambios en este sentido. Porque no todo han sido alabanzas y autobombo, ni visiones unilaterales. Difícilmente podría ser de otro modo, dado que el júbilo de unos ha sido también conmemorado, con muy distinto nombre, el de *Nakba* (desastre), por parte de los palestinos. Pero no creo que estemos únicamente frente a Jano. Sospecho que, aquí, Jano se topó en su camino con la cabeza de la Medusa.

TIEMPOS Y LENGUAJES

Toda existencia histórica es una existencia en el tiempo. Es el tiempo el hilo rojo que vincula las diferentes piezas de una situación que, en el caso de Israel, muchas veces parece, más que mosaico, laberinto. Un tiempo *cronológico-matemático*, pero también un tiempo *ideológico-elástico*, recurriendo a una clasificación hartamente poco académica. En todo caso, un tiempo no estático que debe ser aproximado tanto diacrónica como sincrónicamente, sin caer en los «desenfocados³» resultados de algunos deconstructores estudios microanalíticos. Frente al primero, el tiempo ideológico-

³ La imagen, en la parodia hecha por Woody Allen en *Deconstructing Harry*, 1997.

elástico es aquel que es capaz de salvar los marcos cronológicos en inconcebibles saltos sin red a través de períodos enteros que quedarán prácticamente borrados, como ocurre, por ejemplo, en relación con los siglos de exilio en muchos de los discursos sionistas. Borrando, a la par que el tiempo, a sus sujetos «históricos», ya fueran comunidades judías en la diáspora, ya habitantes (no judíos) de la Tierra de Israel (*Eretz Israel*).

No sólo en el tiempo. Toda existencia histórica es asimismo una existencia en el lenguaje. Fue la palabra la que creó orden-existencia en el caos primordial. Así se dice ya en el Génesis, el *Libro*, en el que buena parte de esta historia se origina. *Comunidades imaginadas*, con *tradiciones inventadas* o reinterpretadas, las naciones *nacen*⁴ y se construyen. Y lo hacen en un proceso en el que los hechos materiales y concretos se entretajan siempre con el lenguaje que los relata, el formal y el simbólico. En una construcción en que la *invención* tiene un papel constituyente. Empleamos el término en su doble sentido, el habitualmente utilizado en la actualidad y el tradicional, aquél que, desde los tiempos alto-medievales, entendía la invención como *des-cubrimiento* o acción de levantar el velo que oculta la cosa, permitiendo que ésta se «revele» mostrándose «tal y como es»⁵.

Cronología e interpretación «canónicas»

Hasta hace apenas dos decenios la interpretación dominante de la historia de Israel ha sido una cuya periodización y cuyo lenguaje se han correspondido básicamente con las del grupo sionista-laborista que desde el período preestatal y hasta 1977 dirigió, y en gran medida controló, el proceso político del país. Según la misma, la divisoria de la historia contemporánea de Israel se traza en 1948, en el momento en que el Consejo Nacional Judío proclama en Tel Aviv la independencia del estado de Israel. Las referencias oficiales, los libros de historia, los textos académicos,

⁴ Anderson, B., *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, 1983, 1991. Hobsbawm, E. y Ranger, T. (ed.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983. P. Nora afirma que las naciones modernas celebran más el «nacimiento» que los «orígenes» con el fin de articular de este modo el sentido de discontinuidad histórica. («Between Memory and History: les Lieux de la Memoire», *Representations*, 26 (1989), 7, 25, págs. 16-17.

⁵ Véase Duby, G. *Damas del siglo XII*, Madrid, 1995, 46 sigs. Un ejemplo de esto en la festividad cristiana de la Invención de la Cruz que, el 3 de mayo, conmemora el *descubrimiento*, en Jerusalén, de la «verdadera cruz de Cristo» hecho el 326 dC por santa Helena, madre del emperador Constantino.

el lenguaje común, consideran el 14 de mayo de 1948, 5 del mes de Iyyar de 5.708 en el calendario hebreo⁶, como el punto de inflexión fundamental. La era preestatal, el periodo del *Yishuv*, es normalmente clasificada según la cronología de las cinco sucesivas *alyas*⁷: 1882-1902; 1904-1914; 1919-1923; 1924-1928; 1933-1939. Tras 1948 continúa existiendo una inmigración judía a Palestina, que se sigue calificando como *alya*, diferenciándola así del resto de los movimientos de población, judía o no, comprendidos bajo el término de *hagirah* (inmigración), pero el criterio clasificatorio pasa a estar marcado por los conflictos árabe-israelíes⁸. En la época estatal, la guerra de los Seis Días, en 1967, tras la que parece evaporarse la situación de recesión económica de los primeros sesenta, supone, como veremos, el punto de inflexión fundamental en el desarrollo y en la propia esencia del estado de Israel. Otro corte importante se produce en 1977 cuando, por primera vez en la historia de Israel, los socialistas pierden las elecciones y el gobierno es ocupado por la coalición de derecha representada por el *Likud*⁹. La pérdida del poder de los socialistas se relaciona directamente con el desarrollo de la guerra del Yom Kippur en 1973, pero hasta fechas recientes las conexiones con otras explicaciones de tipo socioeconómico y político, quedaban en buena medida difuminadas. Este período está fundamentalmente marcado por la guerra del Líbano en 1982 y el estallido de la Intifada en diciembre de 1987. Esta trae consigo cambios notables tanto en el lado palestino como en el israelí, los cuales, unidos al impacto de la guerra del Golfo en 1991¹⁰, con-

⁶ Los palestinos, en cambio, conmemoraron la *Nakba* el 14 de mayo de 1998 del calendario romano. Quien no esté al tanto de estas elásticas cronologías puede dudar si se trata de un mismo hecho: ¿conmemoran otro, los palestinos? ¿existe alguna relación entre Júbilo y Desastre? Es obvio que si hiciera coincidir las fechas, el discurso nacionalista palestino quedaría atrapado en la lógica que preside el calendario hebreo, aceptando ésta y lo que en ella va implícito.

⁷ *Yishuv*: lit. pueblo, comunidad judía de Palestina en la era preestatal. *Alya*: lit. «ascenso», entendido como elevación espiritual, a la par que física. Vuelta de los judíos exiliados a Eretz Israel.

⁸ Véase B. Kimmerling, «Academic History Caught in the Cross-Fire: The Case of Israel-Jewish Historiography», *History and Memory*, vol. 7, núm. 1, spring/summer 1995, págs. 41-65.

⁹ Al hablar de socialistas nos referimos al *Mapai*, resultado de la fusión en 1930, del *Ahdut Avoda*, partido sionista socialista fundado en 1919 y el *Ha-poel Hatzair*, que en 1968 se transforma en el *Israel Labor Party*. El *Likud* es una coalición electoral constituida en 1973 por una lista conjunta del *Herut*, el Partido Liberal, *La'am* y otros pequeños partidos, en el gobierno entre 1977 y 1984 y tras las elecciones de 1996.

¹⁰ Véase, por ejemplo, M. Sznadger, «The impact of the Gulf Crisis in Israel», *The Jewish Journal of Sociology*, vol. 36, 2 de diciembre de 1994, 21-31.

ducen a un impulso del proceso de paz que tendrá un punto culminante, aunque no definitivo, en los acuerdos de Oslo. Estos y, sobre todo, el asesinato de Rabin en 1995, marcan otro punto de inflexión crucial en una historia que sigue abierta.

La división cronológica se inserta dentro de un marco explicativo del proceso de construcción nacional según el cual, en líneas muy generales, y forzosamente reduccionistas, un pequeño grupo de pioneros judíos, movidos tanto por las penosas condiciones de sus comunidades en Rusia y Europa oriental y por el creciente antisemitismo, como por un fuerte imperativo ideológico, socialista y nacional, *asciende* hacia la tierra de Israel con la que el pueblo judío tiene un vínculo inquebrantable a lo largo de toda su historia. Con esto comienza el «retorno de los exiliados» a la tierra que «natural e históricamente» les pertenece, como se afirma en la Declaración de Independencia. Una tierra que, de este modo, es «redimida» y que va siendo conquistada, no mediante una acción colonialista, sino colonizadora, que no admite comparaciones con las empresas coloniales británicas, francesas o de otros países occidentales. El asentamiento se materializa gracias a la «conquista del trabajo», judío. Esta conquista del trabajo reinvierte la pirámide ocupacional de la diáspora en la que el pueblo judío, separado de prácticamente cualquier trabajo manual, había quedado relegado a funciones de intermediación y *normaliza*, de este modo, su estructura social. Y todo ello se realiza dentro de un proyecto de «socialismo constructivista» según el cual no existe contradicción entre la construcción de la nación y el socialismo. Un proyecto que no sólo mejorará la suerte de los judíos sino también la de los árabes que habitan en la tierra, cuyos derechos en tanto que individuos se respetan, pero a los que en ningún caso se considera como una nación. Es decir, no se trata en modo alguno de una expulsión o de una expropiación de una nación por parte de otra. Es, además, un proyecto que tiene éxito, realizándose por vez primera la *utopía* de una sociedad independiente, autodeterminada, igualitaria y democrática, en la que son los obstáculos puestos por aquéllos que se niegan a admitir su existencia los que fuerzan a determinadas restricciones, no democráticas, de los derechos individuales en aras de la seguridad nacional. Pero éstas se justifican en la medida en que son dictadas por las necesidades de *autodefensa*. Israel en todo momento ha intentado hacer una construcción pacífica y civilizada del estado, que resulte no sólo en el beneficio propio del pueblo judío sino también en el de todos cuantos viven en el territorio. De hecho, se afirma, las condiciones de los habitantes árabes se han visto claramente mejoradas desde la llegada de los primeros pioneros socialistas y, sobre todo, después del establecimiento del estado de Israel.

La revisión en el tiempo y en el lenguaje

Los tiempos y los lenguajes cambian a la par que lo hace la dinámica política y social. Y ésta se ha transformado a lo largo de los cincuenta años de existencia del estado de Israel de modo notable. Ha cambiado la estructura demográfica del país con las nuevas oleadas de inmigrantes, las nuevas *alyas*. Llegan primero los supervivientes del Holocausto, en condiciones muy diferentes a las de los judíos alemanes que emigraron en el decenio de los 30 tras la llegada de Hitler al poder. Muchos de los supervivientes han tenido que sortear penosamente las restricciones que la autoridad británica mandataria ha puesto a la inmigración judía a Palestina. Una vez declarada la independencia del estado de Israel cesan las restricciones y la Ley del Retorno (1950) autoriza la entrada de todo judío que lo requiera. En los años cincuenta, y como resultado directo del proceso de descolonización de la posguerra, la mayor parte de los miembros de las comunidades judías que viven en los países árabes entonces independizados emigra hacia Israel. Estos judíos «orientales» son acogidos en campos de tránsito y después, en su mayor parte, dirigidos a ciudades de desarrollo situadas en zonas generalmente periféricas. Tras esta oleada de inmigración se producirá otra, inmediatamente después de la guerra de los Seis Días, de signo bastante diferente y no tan masiva, formada por judíos en gran parte procedentes de América y Europa, muchos de ellos cargados con esperanzas, y proyectos, mesiánicos, que algunos tratarán de poner en práctica de forma un tanto inmediata y no siempre pacífica. Finalmente, a partir de los ochenta, y sobre todo en el decenio de los noventa se asiste a la llegada masiva de judíos rusos, que aún no ha terminado y que está suponiendo un notable cambio en la balanza demográfica y social del país. Otro importante factor de cambio en dicha balanza es la muy diferente tasa de natalidad entre los distintos grupos judíos, notablemente más elevada entre las familias de judíos orientales y entre los grupos ultraortodoxos que entre los grupos más «modernos» compuestos aún en su mayoría por población de origen ashkenazi. Un país en el que existe ya una tercera generación que ha nacido en la tierra, los *sabras*, que no han vivido directamente la guerra de 1948. Y en el que hay cerca de un millón de palestinos con ciudadanía israelí, dejando aparte el número, indeterminado¹¹, de palestinos que vive dentro de los territorios ocu-

¹¹ Los palestinos con ciudadanía israelí son denominados, salvo raras excepciones, como «árabes israelíes». De los 5.993.000 de habitantes de Israel se estima que 887.000 son musulmanes (septiembre 1998). En cuanto a los palesti-

pados de Cisjordania y la franja de Gaza, cuyo paso a la jurisdicción de la autoridad palestina sólo está en parte realizado, quedando el resto pendiente de una lenta y difícil negociación, en el momento en que escribimos.

Todo esto contribuye a explicar por qué es en los ochenta cuando aparece una serie de obras que ponen en cuestión parte del relato que hasta entonces, y salvo excepciones marginales¹², había sido considerado canónico. Obras que comienzan por el principio, ya que los llamados «nuevos historiadores» israelíes hacen una relectura de uno de los momentos cruciales de la historia de Israel: el de la llamada guerra de la Independencia y la creación del Estado. A pesar de que algunos críticos los hayan calificado peyorativamente de posmodernos, su novedad no reside tanto en el método, que no se aparta en exceso de las líneas de la historiografía tradicional, cuanto en los nuevos datos, fruto en buena medida de la apertura de los archivos, una vez pasados los 30 años establecidos en la ley de secretos oficiales de 1955 y, fundamentalmente, en la nueva interpretación de los mismos. Otro punto destacable es que la mayor parte de las obras son publicadas en inglés, siendo en muchos casos previa la versión inglesa a la traducida al hebreo. Tienen así un alcance internacional del que ha carecido la mayor parte de la historiografía sobre Israel, no sobre el sionismo, que, reducida a los lectores de habla hebrea, era hasta los ochenta, según Penslar, una «cottage history»¹³. Pero lo más importante es que estas obras, en las que se pone en cuestión una serie de verdades «admitidas», van a ser ocasión de un vivo debate que, trascendiendo el marco académico, llega a los medios de opinión, la prensa y la televisión israelíes.

Es explicable. Lo que se está debatiendo es algo realmente sensible en la medida en que afecta, implícita, y en algunos casos explícitamente, a algunos de los argumentos legitimadores del propio estado de Israel. En el período comprendido entre la decisión del reparto de Palestina adoptada por las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947 y la finalización formal de la guerra árabe-

nos que viven en los territorios de Gaza y Cisjordania las cifras rondan los dos millones y medio, si bien su número exacto se desconoce dado que existe una creciente población que vive en condiciones de relativa clandestinidad.

¹² Como las obras de Y. Nedava o D. Niv, próximos a la derecha radical, sobre el papel básico jugado por la resistencia del *Herut*, *el grupo Stern* y *el Irgun* (organizaciones de resistencia clandestina vinculadas a la corriente revisionista). O la creciente bibliografía sobre los judíos orientales.

¹³ Penslar, D. J., «Innovation and Revisionism in Israeli Historiography», *History and Memory* (H&M en adelante), 1995, núm. 7, 1 (125-146), pág. 130.

israelí en 1949, se produce la Declaración de Independencia del estado de Israel, proclamado como estado judío, y el cambio del carácter de la guerra que, de un conflicto dentro del marco de Palestina, pasa a convertirse en un enfrentamiento bélico generalizado con el mundo árabe. Cuando la guerra termina, los límites del estado de Israel han aumentado con relación a los establecidos en la decisión de 1947, más de 700.000 palestinos se han convertido en exiliados y el nuevo estado israelí, que será admitido en la ONU en mayo de 1949, sigue sin ser reconocido por ninguno de los estados árabes. Es decir, no se ha llegado a la paz sino a una situación de armisticio sobre un conflicto que seguirá presente hasta la actualidad.

La narración comúnmente admitida de estos hechos fundacionales puede ser resumida en una serie de puntos básicos¹⁴: a) los dirigentes del *Yishuv* aceptan la decisión de reparto hecha en 1947, son los árabes los que la rechazan. b) los judíos están en clara inferioridad frente a los árabes, es una lucha de los «pocos contra los muchos» de David frente a Goliat. c) los palestinos, en su mayor parte, abandonan voluntariamente sus residencias tras el llamamiento hecho por los líderes árabes, que les prometen volver en cuanto los ejércitos árabes expulsen definitivamente a los judíos. d) los países árabes tienen la intención de expulsar a todos los judíos, de «arrojarles al mar» y, mientras que el estado de Israel quiere firmar la paz, son los países árabes los que se niegan a admitir su existencia y rechazan cualquier acuerdo.

Se trata, por tanto, de la afirmación de que la ampliación de los límites del estado, más allá de lo admitido por las Naciones Unidas en 1947 y el consiguiente problema de los refugiados, no es debida a una guerra ofensiva sino a una acción defensiva. Legítima, en consecuencia. Los «nuevos historiadores»¹⁵, que rechazan ser calificados como «reversionistas» afirman, por el contrario, que:

a) No hubo una aceptación real del reparto hecho en 1947,

¹⁴ Todos los estudios parten de los cuatro puntos básicos establecidos por B. Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge University Press, 1988; *1948 and After*, Oxford University Press, ed. rev. 1994. Véase Silberstein, *New Perspectives on Israeli History. The Early Years of the State*, N. Y. Univ. Press, NY 1991; Silberstein y Cohn, R. L. (eds.), *The Other in Jewish Thought and History. Constructions of Jewish Culture and Identity*, N. Y. Univ. Press, 1995. Lustick, I (ed.) *Arab-Israeli Relations. Series*, vol. 2, Garland Publishing, NY & Londres, 1994. Greilsamer, I., *La nouvelle histoire d'Israël. Essai sur une identité nationale*, Gallimard, París, 1998. Dieckhoff, A., *L'invention d'une nation. Israël et la modernité politique*, NRF, Gallimard, París, 1993, *Israéliens et Palestiniens. L'épreuve de la paix*, Aubier, París, 1996, o Shapira, A., *Land and Power: The Zionist Resort to Force 1881-1948*, Nueva York, 1992, entre otros.

¹⁵ Para el debate sobre el término véase Morris, 1994, ob. cit., pág. 28.

con unas fronteras difícilmente defendibles. El objetivo original del sionismo era el establecimiento de un estado judío en toda Palestina y la aceptación del reparto fue meramente táctica. En apoyo de esta tesis los historiadores citan, entre otros, a Ben Gurion que, en 1937, afirmará ante el ejecutivo de la Agencia Judía que si acepta es contando con que tras la constitución del estado, fuertes ya, «cancelaremos la partición del país y nos expandiremos a través de la Tierra de Israel»¹⁶, planteamiento que se encuentra asimismo en su correspondencia particular: «Establezcamos un estado judío, —dice Ben Gurion— aunque no sea en toda la tierra. El resto vendrá con el tiempo. Ha de venir»¹⁷. En su no aceptación de la partición y del establecimiento de un estado palestino son apoyados por el rey Abdullah de Transjordania con quien se llega a un acuerdo secreto de reparto, sellado entre Golda Meir y el monarca hachemita en la reunión del 17 noviembre 1947¹⁸. Los británicos, frente a lo sostenido en la historiografía tradicional, la «vieja historia» como la califica Morris, estarían de acuerdo con ese pacto¹⁹.

b) Los judíos no eran en modo alguno inferiores sino, al contrario, superiores a las fuerzas árabes. Y ello dejando aparte el referido pacto secreto con Jordania. Cuestión diferente es que a principios del 48 los judíos lucharan con la conciencia de ser inferiores, cosa que admiten por lo general todos estos nuevos historiadores que, sin embargo, muestran que, al final, fue el más fuerte el que venció²⁰. Es decir, Israel. Que se había organizado desde los tiempos del *Yishuv* con la vista puesta en la construcción del estado y en el más que probable enfrentamiento. Algo que no se produjo de igual modo en el lado árabe y palestino. Durante la fase de guerra civil-guerrilla, hasta mayo del 48, las fuerzas del *Yishuv* no solo estaban mejor organizadas y entrenadas, también tenían una fuerte motivación, un sentimiento de urgencia que, tras el Holocausto, hacía sentir a muchos que era «eso o la muerte». Frente a las tesis de los viejos historiadores que afirman la infe-

¹⁶ Morris, 1988, ob. cit., pág. 24.

¹⁷ Shlaim, A., *Collusion across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Oxford, 1988, pág. 17.

¹⁸ Shlaim, A. *ibid.*, págs. 110-116; Pappé, I., *Britain and the Arab-Israeli Conflict 1948-1951*, Nueva York, 1988.

¹⁹ Morris, ob. cit., 1994, 10; Shlaim, ob. cit., 1988, 139; Pappé, I., ob. cit., 1988, 16 sigs.

²⁰ Milstein, U., *Toldot Edge Milhmet Ha'Atzma'ut, Ha Hadodesh haRishon* (Historia de la Guerra de la Independencia, el primer mes) Tel Aviv, 1989 (hebreo), Shlaim, Pappé, y el propio Morris, así como muchas historias militares recientes, coinciden en afirmar que «el lado más fuerte, de hecho, fue el que venció» (Morris, ob. cit., 1994, 14).

rioridad de la *Haganah* (la fuerza clandestina organizada en 1920 por el *Ahdut Avoda*), los nuevos sostienen que la superioridad también se dio tras el 15 de mayo, a pesar de que el mejor ejército fuera el de la Liga Árabe o que los árabes contaran al principio con mejor armamento. Lo que se pone en cuestión es la imagen establecida del pequeño David venciendo al poderoso Goliat, otra de las caras de los «pocos contra los muchos».

c) Morris insiste en que hay que diferenciar varias fases en la creación del problema de los refugiados pero que, aún admitiendo que en algunos casos hubo abandono voluntario, o inducido por dirigentes árabes, en muchos otros lo que se produjo fue una pura y simple expulsión²¹. De lo que no existe prueba alguna es de un llamamiento general por parte del *mufti* y de las autoridades árabes para que se abandonara Palestina, a la espera de que cuando los ejércitos árabes entraran «destruirían el estado judío y echarían a todos los judíos al mar» (Ben Gurion ante la Knesset el 11 octubre 1961). Frente a Teveth, que sigue defendiendo la existencia de esa orden de salida, Morris afirma que lo único a que los documentos se refieren es a los «rumores». La evidencia, en su detallado estudio de lugar por lugar, es que se produce una coincidencia cronológica entre el éxodo palestino y los ataques de las fuerzas judías²². Aquí, igual que en otros muchos momentos críticos de la historia judía, lo que se dió fue un *proceso acumulativo*²³ cuyo catalizador fundamental fue la actuación militar israelí (*Haganah, Irgun, FFAA*).

d) No hay una intención generalizada por parte de todos los países árabes de suprimir a los judíos, hay intentos de establecer acuerdos de paz, sistemáticamente rechazados por Ben Gurion y el liderazgo judío. El rechazo a firmar los acuerdos de paz no es únicamente árabe, sino que los dirigentes israelíes tienen un claro interés en evitar la firma de unos acuerdos que puedan obligarles a indemnizaciones elevadas o a la readmisión de los refugiados. En ese sentido la firma de un armisticio era mucho más conveniente para los intereses del estado israelí²⁴.

²¹ Morris, ob. cit., 1988.

²² Morris, ob. cit., 1994, págs. 31-32, 191 sigs.

²³ Véase D. Diner, «Cumulative contingency: Historizing Legitimacy in Israeli Discourse», 1995 H&M, cit., págs. 147-170 y más adelante.

²⁴ Morris, ob. cit., 1994. Véase, asimismo, H. Arendt, «Peace of Armistice in the Near East?», *Review of Politics*, 12 (1950), reimpr. en Lustick, I. (ed.), *Arab-Israeli*, vol. 2, cit. 1994, págs. 56-82.

La época de la madurez. La nueva historia

Estas obras, que manifiestan la fase de madurez a la que está llegando la historiografía y la sociedad israelí, van a provocar el debate, en el marco académico, israelí y palestino²⁵ primero, y, poco después, en la prensa y los medios de opinión. Las acusaciones contra los nuevos historiadores, calificados de antisionistas, amigos de los palestinos, colaboradores de aquéllos que tratan de minar la seguridad de Israel, alcanzan asimismo al numeroso grupo de los que se dice que están poniendo en cuestión los fundamentos del estado sionista. Porque la realidad es que los nuevos historiadores no han escrito su obra en el vacío ya que desde los años setenta y en el campo de la ciencia política y la sociología se ha venido produciendo un análisis crítico y plural que revisa buena parte de las tesis dominantes²⁶. La misma sociología de corte funcionalista, liderada sin contestación durante más de dos decenios por Eisenstadt, realiza ajustes en su interpretación, y habla de «modernization breakdowns²⁷» cuando la situación «objetiva» y la percepción «subjetiva» del proceso modernizador no coinciden, como en el caso de Israel en donde se produce una absorción real de los inmigrantes que no ha sido percibida como tal²⁸. Pero son los cambios de los ochenta los que fuerzan a una revisión en mayor profundidad que, no obstante, no altera lo esencial del modelo funcionalista primitivo. Una vez que el laborismo ha perdido la centralidad, Eisenstadt busca un nuevo núcleo en la «civilización judía» con lo que, según U. Ram, se sustituyen «procesos históricos reales por oscuros procesos culturales y, se cae, sin querer, en una percepción de Israel parecida a la de la derecha»²⁹. Con la obra de

²⁵ Véase por ejemplo las críticas de Khalidi, Kanaana o Masalha en el *Journal of Palestine Studies*, 21, 1 y 21, 2 (1991, 1992), también W. Khalidi, *Palestine Reborn*, Londres, 1992, o E. Said, C. Hitchens (ed.), *Blaming the Victims, Spurious Scholarship and the Palestine Question*, Londres, 1991, entre otros.

²⁶ Una magnífica síntesis analítica del proceso es la realizada por Uri Ram, *The Changing agenda of Israeli Sociology. Theory, Ideology and Identity*, Suny Series, SUNY Press, 1995.

²⁷ Eisenstadt, S. (ed), *Tradition, Change and Modernity*, Nueva York, Wiley, 1973.

²⁸ «Es decir, el problema socioétnico se vuelve a plantear como un tema cultural», Ram, U., ob. cit., 1995, 49.

²⁹ Ram, ob. cit., 1995, pág. 52. Lo que Ram señala para la obra de 1985 (*The Transformation of Israeli Society*, Londres, Weinfeld and Nicholson), se puede comprobar también en estudios posteriores de Eisenstadt (véase *Jewish Civilization. The Jewish Historical Experience in a Comparative Perspective*, SUNY, Nueva York, 1992).

Lissak y Horowitz ocurre algo similar. En su ya clásico estudio de 1977 (1978) se presentaba al *Yishuv* como una sociedad pluralista y casi parlamentaria que, entre otras causas, resultaba del hecho de que los recursos, que en su mayor parte procedían del exterior, eran repartidos de forma consensuada e igualitaria entre sus miembros. Esta tendencia, afirman, se mantiene durante la primera fase estatal en la que, si bien la autoridad del centro aumenta, sigue vigente la cultura política «basada en el consenso y la cooperación entre los grupos políticos». Esta visión de Israel como sociedad consociacional, sobre todo antes de 1967, contestada en muchos puntos por la historia y la sociología críticas, es compartida, sin embargo, por buen número de autores, siendo destacable en esta línea interpretativa la obra de P. Medding³⁰. El nuevo libro de Lissak y Horowitz sobre la sociedad israelí contemporánea, publicado en 1989, lleva el significativo título de «Dificultades en Utopía». Unas dificultades que, en su interpretación, comienzan en 1967 y que se derivan de una «política sobrecargada» en la que no hay recursos para atender a los muchos objetivos del sistema y en donde las divisiones sociales y políticas (cinco en su análisis: nacional, étnica, religiosa, socio-económica e ideológica) conducen a una situación de ingobernabilidad³¹.

No obstante, ya a mediados de los setenta, la funcionalista deja de ser la única interpretación de la sociedad israelí. Liderados por Y. Shapiro desde la universidad de Tel Aviv, los nuevos estudios sociológicos analizarán, desde la óptica del conflicto, el «lado oculto» de la política, el papel de las élites y los grupos de presión. El Israel de la época laborista es definido por Shapiro como una democracia formal restringida en la que el poder se encuentra en manos de una oligarquía cuya base no reside en la clase sino en el aparato burocrático. Esta oligarquía controla centralizadamente unos recursos obtenidos mediante el doble mecanismo de utilizar las finanzas, que en su mayor parte proceden de la diáspora, para reclutar miembros, y de recurrir a la autoridad que la organización tiene sobre los inmigrantes para la obtención de dichos recursos. La cultura política de la tercera *alya* (1923-1926) procedente de la Unión Soviética está en los orígenes de esta «política burocratizada». La segunda generación laborista, formada en

³⁰ Véase Lissak M., Horowitz, D., *Origins of the Israeli Polity. Palestine under the Mandate* (1977), Univ. Chicago Press, Londres, 1978, pág. 229. P. Medding, *The Founding of Israeli Democracy, 1948-1967*, Oxford, Univ. Press, 1990.

³¹ *Trouble in Utopia: The Overburdened Polity of Israel* (1989), SUNY Press, Nueva York, 1990, pág. 17.

una escuela nacionalista y en la mentalidad militar de la guerra, es la que diseña la política en los territorios ocupados en 1967 y la que acaba convirtiendo la defensa militar en la esencia del sionismo³². Es decir, la visión armoniosa, pluralista y consensual del Israel laborista comienza a hacer agua. En su obra posterior Shapiro analiza los cambios habidos tras el 67-73 y el triunfo de la derecha, cuyo discurso no es el «legal-racional» de la fase laborista, sino el simbólico de una política carismático-populista que se dirige a una base electoral constituida por grupos que sufren «privación de estatus»: por un lado, los *revisionistas* procedentes en su mayor parte de la Europa oriental y, por otro, el grupo crecientemente descontento de los judíos orientales cuyo voto, sobre todo tras la guerra de 1973, pasará masivamente al Likud en las elecciones de 1977³³.

Esta visión de 1967 como el comienzo del fracaso y la frustración de Israel, del inicio de su resquebrajamiento moral y político, es una afirmación común en los sectores de «izquierda» dentro del mundo académico, el cultural y el de los medios de opinión³⁴. Los territorios del Sinaí, Gaza y Cisjordania conquistados en 1967 van a plantear serios problemas en la sociedad israelí: cuestiones sobre la naturaleza de la ocupación, sobre la relación con los habitantes palestinos, sobre las negativas consecuencias de todo ello sobre el ethos israelí. Preguntas que se hacen más acuciantes tras la guerra de Yom Kippur. La supuesta sociedad integrada parece hacerse añicos, sus élites políticas son sometidas a dura crítica y los cambios se hacen sentir casi inmediatamente: nuevos colonos, religiosos ultranacionalistas con tendencias mesiánicas en su mayoría, practicando la vieja política de hechos consumados, comienzan a asentarse, de forma sistemática y ambiguamente ilegal, en los territorios del *Gran Israel*, presentándose a sí mismos como continuación del verdadero sionismo de los pioneros³⁵.

³² Y. Shapiro, *The Formative Years of the Israeli Labor Party: The Organization of Power 1918-1930*, Londres, 1976 (1975 hebreo).

³³ Shapiro, Y., *The Road to Power: Herut Party in Israel*, Albany, SUNY Press 1989. *Revisionistas*: corriente surgida en 1925, liderada por Jabotinsky, rompe con la OSM en 1931. Reclama la creación de un estado hebreo en sus límites históricos, a ambos lados del Jordán (el «Gran Israel»).

³⁴ En los estudios sobre Israel se suele hablar de izquierda y derecha con relación a la postura política que se adopte en relación con los territorios ocupados, sin que ello conlleve necesariamente las connotaciones de planteamientos sociales igualitarios que comunmente se atribuyen a la izquierda.

³⁵ El más representativo es el *Gush Emunim* (Bloque de la Fe, 1974. Afirma que la posesión de la tierra es sagrada, la Torah prohíbe abandonar un solo milímetro de «tierra liberada»). Entre la amplia bibl. sobre el tema, ver Sprinzak, E., *The Ascendance of Israel's Radical Right*, Oxford, 1991, y Lustick, I., *For the Land*

Frente a ellos una variada gama de movimientos pacifistas cuyo paradigma es, en muchos sentidos, *Paz Ahora*, se movilizan denunciando la ocupación y la política del gobierno, realizando una reflexión pública acerca de sus consecuencias morales sobre Israel. Algo similar ocurre dentro de algunos sectores religiosos que calificarán de idolatría el culto a la tierra, contrario a la verdadera tradición de la religión y la historia judías. Estos movimientos están compuestos en su mayoría por miembros de las élites ashkenazis y reflejan solo un aspecto, fundamentalmente político, y político-religioso, del malestar. Otro, más social, que apunta a la desigualdad dentro de la sociedad israelí, va a surgir dentro de los sectores sociales más bajos de los judíos orientales, agrupados en el movimiento de los *Panteras Negras*, fundado a principios de los setenta en el barrio Musara de Jerusalén. Con él se inicia un tiempo de protesta extraparlamentaria que condena la pobreza y la degradación de la cultura oriental y se manifiesta a favor de la creación de un estado palestino.

El discurso armónico no funciona. No sólo en Israel. Estos son años de quiebra de paradigmas en el mundo occidental e Israel, lo decíamos al principio, no es un caso aislado. Lo que aparece con fuerza creciente tras el 67 y, más aún, tras el trauma que supone la guerra del Yom Kipur, es el «Otro». No es sólo el *mizra-chi*³⁶ oriental frente al occidental *ashkenazi*. El Otro es el palestino, el árabe, las mujeres, el judío de la diáspora. Es decir, el diferente, étnica, política, religiosa, económica y/o culturalmente. La revisión funcionalista y el análisis de las élites, o del militarismo, no bastan para entender, ni para hacer frente, al proceso. Porque lo que se está poniendo en juego no es sólo un conflicto de poder en el seno de una sociedad estabilizada sino un conflicto de identidades y, sobre todo, la visión sobre la que se sostiene en

and the Lord. Jewish Fundamentalism in Israel, Nueva York, 1988; Greilsamer, I., *Israel, les hommes en noir. Essais sur les partis ultraorthodoxes*, Paris, PSP, 1991; Aronoff, M., *Israeli Visions and Divisions*, New Brunswick, 1989, y los recogidos en Silberstein, L., *Jewish Fundamentalism in Comparative Perspective, Religion, Ideology and the Crisis of Modernity*, NY Univ. Press, 1993, entre otros, así como la obra de A. Oz, *In the Land of Israel*, Londres, 1983 o D. Grossman, *Sleeping on a Wire*. Londres, 1992, o *El viento amarillo*, Madrid, 1988.

³⁶ En los 80 surgen organizaciones políticas específicas de los judíos orientales. El *Shas*, partido ultrarreligioso establecido en 1984 tras separarse del *Agudat Israel* sigue siendo el más representativo en la actualidad, con un poder político y cultural creciente (en los cuatro últimos escrutinios entre 1984-1996 ha obtenido, respectivamente, el 3.1, 4.7, 4.9 y 8.5, pasando de seis a diez escaños. Véase C. Klein, *La démocratie d'Israel*, ed. du Seuil, Paris, 1997, pág. 69). Un nuevo, pero minoritario, movimiento, secular y liberal, es el representado por el *Keshet* (Movimiento democrático sefardí Arco Iris) formado en 1996.

buena medida el estado judío. Si bien la reflexión no va hasta las últimas consecuencias, es decir, hasta los orígenes. No todavía.

Las perspectivas de los análisis se amplían, no obstante. Ya en la segunda mitad de los setenta Israel es analizado por Smootha y el grupo de la universidad de Haifa como una sociedad heterogénea, con una «desigualdad estabilizada» y en la que el conflicto étnico, intrajudío y con los árabes, sólo puede ser resuelto mediante una «gestión» del mismo que permita que las diferentes identidades se acomoden dentro de un mismo marco estatal³⁷. El conflicto está asimismo en el centro de los estudios que aparecen en los ochenta y en los que Israel es vista como una sociedad colonial, tesis que durante mucho tiempo fue rechazada por izquierda y derecha y que se va abriendo paso, sobre todo tras la política de colonización hecha en los territorios ocupados. Sus más destacados representantes, tanto desde una perspectiva básicamente weberiana (B. Kimmerling), como marxista (G. Shafir), criticarán las visiones dualistas ya que la interrelación y el conflicto entre dos comunidades, la de colonizadores judíos y la palestina, es parte constituyente de la sociedad israelí desde la época preestatal (Swirski, Ehrlich). El análisis institucional y económico de la colonización, ya desde la etapa del *Yishuv*, desvela también la creación de mecanismos culturales para legitimar la ocupación³⁸ y echa por tierra algunos mitos, como el del kibbutz, que es presentado ahora como el resultado del tipo de colonización y no fruto de una opción colectivista-socialista que es, más bien, una legitimación ideológica hecha a posteriori³⁹. Este análisis, igual que el hecho desde una perspectiva marxista sobre la desigualdad y la inmigración (Swirski y los seguidores de las teorías de la dependencia) muestra el peso fundamental de las causas económicas en el desarrollo de la sociedad colonial, o simplemente clasista, israelí, no sólo en su relación con los palestinos sino también con los inmigrantes judíos orientales. Es muy significativo el que prácticamente todos los autores que siguen las tesis colonialistas diferencien entre el colonialismo de los pioneros y el neocolonialismo post-67, tanto el militar de los laboristas, como el religioso, económico y militar de los gobiernos de derecha. Y el que todos acepten la legitimidad del estado de Israel en sus fronteras de 1948 y

³⁷ Véase para Smootha y su defensa del pluralismo social, Ram, ob. cit., 1995, 97-117.

³⁸ Kimmerling, *Zionism and the Territory. The Socio-Territorial Dimensions of Zionists Politics*, Institute of International Studies, Univ. of California, Berkeley, Research Series, núm. 51, 1983, páginas 183-211.

³⁹ Shafir, G., *Land, Labour and the Origins of the Israeli-Palestinian conflict 1882-1914*, Cambridge University Press, 1989.

consideren que la ocupación no sólo daña los derechos palestinos sino que tiene catastróficas consecuencias morales en la fábrica social israelí, cuya democracia pone en peligro.

Es decir, cuando aparecen las obras de los nuevos historiadores había ya un buen número de estudios críticos sobre diversos aspectos de la historia de Israel. Sin embargo el gran debate no se produce hasta que algunas de las versiones admitidas sobre el 48 se ponen fundamentadamente en cuestión. Y esto ocurre en unos momentos en que la conciencia ética civil de buena parte de la sociedad israelí está conmocionada tras el impacto de la guerra del Líbano, la primera que no puede ser contemplada en modo alguno como guerra defensiva y, después, a finales de los ochenta, por la Intifada, esa lucha invertida de David y Goliat en la que son los palestinos los que lanzan las piedras contra un fuerte gigante cargado con balas de goma y con todo un ejército detrás⁴⁰. El conflicto con los palestinos, que nunca fue externo, se entrama, sin solución de continuidad más que aparente, con el que se está produciendo en el seno de la propia sociedad judía en donde crece, por un lado, el peso ideológico y demográfico del ultranacionalismo religioso y, por otro, el de las corrientes ultraortodoxas antisionistas. Se trata no sólo de un conflicto de identidades, lo es también de concepciones políticas y de proyectos en donde historias y legitimaciones se entrelazan inevitablemente. No es tanto una guerra sobre la guerra, o una simple reelaboración de la memoria colectiva, aun cuando ambas cosas estén presentes, cuanto una reflexión que va más allá del discurso moral en que muchas veces ha quedado encerrada la protesta pacifista, una reflexión en la que lo que está en cuestión es la nación, el estado, sus fundamentos y límites, las sombras, y también la luz, del nacionalismo sionista.

LEGITIMIDADES EN CONFLICTO

El debate sobre la historia salta a la calle en un momento en que en los medios académicos e intelectuales hace tiempo que se viene planteando el conflicto entre los diferentes y a veces contradictorios principios de legitimación sobre los que se basa el estado de Israel. Parte de su situación de ingobernabilidad tendría su origen en la contradicción que se plantea entre un Israel que se define, entrelazando criterios étnicos y religiosos que muchas ve-

⁴⁰ Y. Ezrahi, *Rubber Bullets. Power and Conscience in Modern Israel*, Farras, Straus and Giroux, Nueva York, 1997.

ces resultan difícilmente separables, como un estado-nación judío por un lado y, por otro, como una democracia liberal secular que es, también, un estado-nación de «seguridad»⁴¹. De estos tres principios de legitimación dos al menos, el carácter judío del estado y el de la seguridad, se presentan tupidamente entrelazados con el modo en que se construye y se narra la historia. En el tiempo, es decir, una historia «de los judíos» o una historia del «pueblo judío». Y en el espacio, una historia de la diseminación y la asimilación de «los judíos» o una del exilio y el retorno del «pueblo judío» al lugar del origen. Y presidiendo esa historia de espacios y tiempos, el conflicto. Por un lado, el que existe entre la *Haskhala*, la Ilustración judía, que desde el siglo XVIII defiende la asimilación de «los judíos», y la prolongada historia del antisemitismo que tendrá su más terrible manifestación en el Holocausto. Y, por otro, el conflicto entre el «pueblo judío» y el «pueblo árabe» que habita en Palestina o en Eretz Israel. Que es, también, una historia de identidades por ambas partes, en la que el reconocimiento, o no, de la existencia histórica de un «pueblo palestino» diferenciado o, por el contrario, de un relativamente numeroso grupo de «árabes» que viven en Palestina, puede cambiar radicalmente las coordenadas legitimadoras, más si éstas se plantean exclusivamente sobre una base étnica. Cuando el debate sobre la historia salta a la calle es de los diferentes planteamientos sobre lo que es, y lo que ha de ser, el estado de Israel, de lo que en realidad se trata.

El pistoletazo de salida del reciente debate lo da el artículo de Aharon Megged en junio de 1994. Desde los años setenta, afirma, se asiste al cumplimiento de la profecía de N. Alterman en donde el poeta describe cómo Satán encuentra el modo de conquistar al sitiado, que es ingenuo, valiente, resuelto y fuerte: no luchando contra él sino embotando su mente «hasta que olvide que su causa es justa»⁴². Y es eso lo que, según Megged, han venido haciendo «cientos de los más destacados escritores, intelectuales, académicos, autores y periodistas, pintores, fotógrafos y actores» de la sociedad israelí que afirman que ésta «nació en el pecado». Dejando aparte su rechazo a las tesis de las obras históricas críticas con la visión sionista canónica, que va en la línea que ya hemos señalado, uno de los puntos más significativos del artículo es la denuncia de quienes rechazan el argumento histórico que basa la legitimidad del estado

⁴¹ Véase Dror, Y., *A Grand Strategy for Israel*, Jerusalén, 1989 (hebreo).

⁴² Es un conocido escritor de la izquierda sionista. El artículo se publica en hebreo en *Ha'aretz* el 10 junio 1994 y la versión inglesa, que es la que seguimos, aparece en *The Jerusalem Post* el 17 de junio de 1994 bajo el título «One way trip on the Highway to self-destruction», pág. 8.

de Israel en su vínculo con la tierra de sus antepasados, para fundamentarla en un mero «derecho de necesidad». El artículo de Megged está apuntando a uno de los elementos nucleares del debate sobre la historia y los criterios de legitimación: la cuestión moral. Los argumentos morales tienen un peso considerable en el mismo y es frecuente que aparezcan confusamente entrelazados con los estrictamente políticos. De forma a veces espúrea, en la argumentación y en la defensa. En este sentido, el poner en cuestión el comportamiento ético en la historia de la construcción y desarrollo del estado de Israel es visto como una amenaza para la permanencia de todo el edificio nacional, como queda claro en el caso de la crítica hecha a «postsionistas» y «nuevos historiadores». Por ello el debate sobre la historia es crucial, tanto para la estabilidad de lo ya hecho, como para la construcción del futuro.

El argumento de la necesidad coloca en primer plano el tema del antisemitismo y del Holocausto. Y lo hace en más de un sentido: por una parte está la cuestión de si ése es el argumento único para el establecimiento en la tierra de Israel, o si hubiera sido aceptable, como en un determinado momento defendieron los *territorialistas*, cualquier otro lugar seguro. Por otra, está la cuestión del comportamiento de los líderes del *Yishuv* cara a lo que estaba ocurriendo en la Alemania nazi, el debate sobre si hicieron lo suficiente y la cuestión de si no primó el interés por la construcción de la nación sobre la salvación del mayor número posible de judíos. El creciente número de publicaciones tanto académicas, como autobiográficas o literarias, sin contar el cine y el teatro, indica su trascendencia a la par que desvela la pérdida de la hegemonía del discurso sionista clásico, cuya negativa imagen de la diáspora frente al «nuevo hebreo»⁴³ y su simbología constructora, son puestas en cuestión. Porque significativa es también la coincidencia de una serie de obras que desmontan esa iconografía pionera, no solo Masada o la rebelión de Bar Kokhba, sino también mitos más recientes, como Tel Hay y su héroe Trumpledor, cuya famosa frase «es bueno morir por la patria» ha terminado convertida en un chiste⁴⁴. Pero el replantea-

⁴³ En toda la revisión sobre el Holocausto el análisis crítico del rechazo del exilio por parte de los sionistas es un tema central. Véase D. Porat, *The Blue and the Yellow Stars of David, The Zionist Leadership in Palestine and the Holocaust, 1939-1945*, Cambridge, Mas., 1990, o el reciente artículo de A. Shapira, «The Holocaust. Private Memories, public Memory», *Jewish Social Studies*, vol. 4,2, winter, 1998, págs. 40-58 y su amplia referencia bibliográfica. Véase, asimismo, S. L. Gilman, *Jewish Self-Hatred: Anti-Semitism and the Hidden Language of the Jews*, John Hopkins Un, 1986.

⁴⁴ Véase Zeruvabel, *Recovered Roots. Collective Memory and the Making of Israeli National Tradition*, University of Chicago Press, 1995, cap. 6 y 9. Liebman y Don-Hehiya, *Civil Religion in Israel. Traditional Judaism and Political Culture in*

miento del Holocausto tiene más facetas: hay una reivindicación positiva del Otro, del diferente al héroe pionero, de las víctimas que fueron peyorativamente presentadas yendo «como ovejas al matadero», los supervivientes y, por extensión, los judíos de la diáspora. Imagen positiva que alcanza también al palestino y que replantea la actuación de los judíos cuyo papel de víctimas habría quedado reinvertido en el de verdugos, siendo ésta la otra cara, según algunos autores, de la revisión del Holocausto. Y otra, no menos importante, es la reflexión sobre los riesgos de recurrir a la victimización como argumento legitimador⁴⁵.

Si bien es cierto que el argumento de la necesidad está en los inicios de la empresa sionista, a éste se suma muy pronto el de la historia. En Gordon aparece ya la referencia a un derecho histórico que se afirma como inalienable e inextinguible. Los sionistas harán descansar sobre él su derecho a la tierra, justificando la evacuación de las poblaciones árabes para construir sus poblamientos agrícolas⁴⁶. Se trata, en principio, de una reivindicación basada en una concepción laica de la historia que, sin embargo, toma como referencia fundamental la Biblia⁴⁷. En ella se encuentra la prueba de la vinculación nacional del pueblo judío con una tierra de la que hubo de exiliarse hace casi dos milenios, si bien, en un intento de reducir los problemas de legitimación que puede presentar ese tiempo elástico al que nos referíamos al principio, his-

the Jewish State, University of California Press, Berkeley, 1982. Para los primeros, véase D. Mendels, *The Land of Israel as a Political Concept in Hasmonean Literature*, Tubingen, 1987 y *The Rise and Fall of Jewish Nationalism*, Doubleday, Nueva York, 1992, si bien el autor no entra en un análisis político en profundidad, al contrario que Y. Harkabi, en *Israel's Fateful Decisions*, Londres, 1988.

⁴⁵ Sobre los riesgos de utilizar el miedo y la victimización como factor fundamental de cohesión social se puede ver la obra de dos influyentes sionistas religiosos como Y. Leibowitz o D. Hartman (*Conflicting Visions: Spiritual Possibilities of Modern Israel*, Nueva York, 1990). Abandonar el monopolio victimista, por ambos lados, es una de las condiciones previas para la reconciliación entre judíos y palestinos (véase Dieckhoff, *Israéliens et Palestiniens. L'épreuve de la paix*, Aubier, París, 1995). Sin contradecir forzosamente esto existe toda una literatura que, criticando el discurso antivictimista y negador del exilio por parte del sionismo, reivindica a las víctimas, no la victimación (véase Evron, B., *Jewish State of Israeli Nation?*, Indiana University Press, 1996; Silberstein (ed.), *New Perspectives on Israeli History. The Early Years of the State*, N.Y., Univ. Press, 1991, y ob. cit., 1995; D. Porat, ob. cit., 1990; A. Shapira, ob. cit., 1998, págs. 40-58, entre otros.

⁴⁶ Para Sternhell es este «nacionalismo cerrado, estrecho y tribal de Gordon» que debe ser leído como Fichte, Mazzini, Michelet o Mickiewica, «el que será la columna vertebral del socialismo nacional del Ahdut ha'avoda primero y luego del Mapai» (*Aux Origines d'Israel*, Paris, Fayard, 1996, 20-35).

⁴⁷ Aquí hay que diferenciar, no obstante, entre el sionismo secular y el religioso. Véase Liebman y Don-Hehiya, ob. cit., 1982; Sharkansky, *Israel and Its Bible*, Garland P. Nueva York, 1996 o Z. Sternhell, ob. cit.

toriadores claves de la primera historiografía nacionalista, como Dinur, acortarán en varios siglos este período de exilio, sin alterar la esencia de un argumento que será el que constituirá durante años el núcleo de la enseñanza de la historia en Israel⁴⁸. Es tras 1967 cuando comienza a hacerse fuerte la justificación histórica político-religiosa que, por otra parte, nunca estuvo ausente en toda la empresa de construcción nacional. La diferencia esencial es que, mientras en las referencias anteriores se hablaba de derecho histórico a la tierra, en la argumentación del ultranacionalismo religioso la tierra es vista no sólo como derecho sino como obligación sagrada, a la que no alcanza ley civil alguna. Será ése el argumento para no ceder ni un palmo de tierra, dominante entre los colonos de los territorios ocupados y que apoyan influyentes sectores de la sociedad israelí y de las comunidades judías de la diáspora. La religión civil del estado, con toda su simbología constructora, ha dejado de ser hegemónica. Igual que la empresa sionista, sometida a revisión desde múltiples flancos.

No es la imagen de Jano, decíamos, la que representa esta intrincada complejidad. Porque no se trata de una dicotomía, de una lucha entre Macabeos y helenizantes, Flavios Josefos y zelotes defensores de Masada, modernos judíos laicos y *haredis*, sionistas religiosos y antisionistas ultraortodoxos, pioneros *kibbutzines* y colonos ultranacionalistas, judíos y palestinos, o democracia y antiguo régimen, como es todavía relativamente común que se presente. Aunque hay excepciones. La más notable, aunque no la única, es la que representa la obra de Zeev Sternhell sobre los mitos fundadores de Israel, *Binian Ouma o tikoun HaHevra?* que ha provocado polémicas y ataques parecidos a los que produjeron en su momento sus estudios sobre el fascismo⁴⁹. Se trata de una crítica de los hechos y los supuestos del sionismo basada en fuentes primarias y en una amplia bibliografía. Una crítica en profundidad, e integrada, alejada del reductor planteamiento dicotómico del que no muy iluminados críticos le han acusado. Lo que a nuestro juicio hace importante este libro es, no tanto la desmitificación de la igualdad en la época del *Yishuv*, o el desvelamiento del control oligárquico hecho a través de la *Histadrut* (la Confederación General de los Trabajadores Judíos de la Tierra de Israel) y de los aparatos del estado, ni el papel funcional de los experimentos co-

⁴⁸ Para un análisis de la obra de Dinur, véase Ram U., «Zionist Historiography and the Invention of Modern Jewish Nationhood. The Case of Ben Zion Dinur», *H&M*, núm. 7, 1, 1995, págs. 91-124.

⁴⁹ Tel Aviv, 1995 (hebreo), la versión francesa *Aux origines d'Israel*, Fayard, París, 1996, versión inglesa, revisada, *The Founding Myths of Israel*, Princeton, 1997.

lectivistas, aunque su presentación del kibbutz tenga mayores matices que la hecha por G. Shafir⁵⁰. Ni es tampoco su análisis de la interrelación entre historia, religión y política. O la, según algunos, despiadada desmitificación de los líderes sionistas, entre otros Gordon, Katznelson y, sobre todo, de Ben Gurion, para quien reserva aceradas, y fundamentadas, descripciones. Parte de estos temas ya habían sido tratados en las obras de los historiadores y sociólogos críticos a que nos hemos referido. Lo nuevo en el libro de Sternhell, lo que hace que haya levantado ampollas está, a nuestro juicio, en el modo en que todo ello se articula, lo ya conocido, y lo nuevo, sobre todo su estudio de la ideología de los fundadores, para dar respuesta a la pregunta que titula la versión hebrea: «¿construcción de una nación, o transformación social?» El coherente entramado analítico de esa respuesta muestra cómo existían, y fueron intentadas, otras opciones. Pues si algo no hay en esta obra es el recurso al tópico *ein breira*, a ese «no hay salida» utilizado muchas veces para acallar críticas. Según Sternhell el sionismo es un nacionalismo similar a los que, por la misma época, se materializan en el este de Europa y el tercer mundo. Es un instrumento para rescatar a un pueblo en peligro, pero es, sobre todo, una empresa de construcción nacional realizada por un núcleo relativamente reducido de jóvenes revolucionarios, de mediana talla intelectual, convencidos de estar cumpliendo una misión histórica. Lo que en ellos se impone, desde muy pronto, es la primacía de la nación sobre la creación de una sociedad alternativa, igualitaria y democrática. Se descarta el socialismo democrático, no tanto por consideraciones pragmáticas sino ideológicas y el socialismo se pone al servicio de la construcción nacional y es conscientemente utilizado como mito movilizador, en un sentido similar al de otros socialismos nacionales, que aborrecen la visión marxista de la historia y la filosofía de la libertad kantiana, los dos elementos fundamentales, para Sternhell, del socialismo democrático, heredero directo del liberalismo. La justificación del derecho a la tierra se busca en la historia y el discurso político, del que están ausentes los valores individualistas y universalistas del socialismo democrático, recurre a los elementos religiosos

⁵⁰ Shafir, G., ob. cit., 1989, y otros sobre el papel funcional cumplido por los *kibbutzin* y los *mossavim*., Sternhell, no obstante, muestra cómo un reducido número de gente, entre un 5 y un 7 por 100, funciona como una vanguardia que trata de llevar a cabo el sueño social igualitario, aunque de hecho haya servido a los laboristas, que no se preocupan de la desigualdad en las ciudades, para hacerse un eficaz lavado de cara. Para una crítica sobre estas tesis véase I. Shirkansky, «Israeli Income Equality», *Israel Studies*, I, núm. 1, spring 1996, págs. 306-314, y G. Shafir, «Israeli Society: A Counterview», *ibid.*, 189-213.

como factores aglutinantes de una empresa que se afirma secular. Los intentos renovadores del Batallón del Trabajo, la experiencia colectivista de sus kibbutz, se marginan⁵¹, y lo que se impone es un nacionalismo orgánico en el que la pertenencia a la comunidad viene dada por la cultura (historia, lengua, religión) y no por ser miembro de una comunidad política. Incompatible con el universalismo de una sociedad liberal y democrática, este nacionalismo, en el que priman los elementos irracionales sobre los racionales, impregna todo el proceso histórico israelí, desde la etapa preestatal hasta la actualidad. El análisis de Sternhell desvela la similitud entre la colonización pionera y la que se realiza en los territorios ocupados en 1967: es la misma política de hechos consumados y una parecida invocación a la historia la que se puede ver en las tesis de Gordon o en el plan Allon. Aquí, Sternhell va de nuevo más allá de la descripción de unos hechos que no es el primero en señalar y se enfrenta con el núcleo del problema al analizar las bases ideológicas y sociales y desvelar que esas similitudes no son casuales sino coherentes. Hasta los cambios y fisuras que se han producido en los últimos decenios, la política israelí ha estado impregnada de los planteamientos del sionismo tradicional, tanto en los gobiernos laboristas como en los de derecha. Tras la Intifada y el punto de inflexión que suponen los acuerdos de Oslo, la primera vez que los judíos aceptan que no son ellos los únicos con un derecho legítimo a la Tierra Prometida, es cuando, según Sternhell, se puede hablar de una «segunda revolución sionista». Que ha de ser secular, comprometida con la justicia social, humanista y basada en la razón. Es decir, que enlace con el proyecto de socialismo democrático que fue conscientemente sofocado en aras de una construcción nacional que, como en el caso del nacionalismo alemán, checo o polaco de la Europa del XIX, no recurrió a la afirmación kantiana de la autonomía individual, que implica igualdad de derechos y responsabilidades, sino a la etnia y la cultura como factores aglutinantes. La actual sociedad israelí es lo suficientemente sólida como para poder liberarse de los fantasmas de los padres fundadores y construir una identidad que se base en la razón y en la pertenencia a una misma comunidad política y no en los principios tribales del nacionalismo orgánico enraizado en la religión y la cultura. Una comunidad política normal, cuyos ciudadanos, todos los que viven dentro de los límites del estado, sean individuos libres y con iguales derechos y cuya identidad esté «desvinculada de las rami-

⁵¹ Sternhell, ob. cit., véase, sobre todo el cap. IV y el pormenorizado seguimiento de la destrucción del Batallón del Trabajo.

ficaciones místicas de nuestra religión y del lado irracional de nuestra historia»⁵².

El sueño de la razón

En el momento en que escribimos esto, en un clima de creciente afirmación ultranacionalista, por parte de unos colonos que son explícitamente apoyados por la coalición de derechas en el gobierno desde 1996, y por sus socios, los partidos religiosos, y con un aumento de la incidencia de los grupos ultraortodoxos, tanto en el terreno político y, lo que es tal vez más importante, en el educativo⁵³, las afirmaciones de Sternhell pueden parecer más que una sólida realidad la formulación de un deseo y un pensamiento compartido, eso sí, por un notable sector de la sociedad israelí. Pero fuertemente contestado por todos aquellos sectores que todavía no están dispuestos a que «el pasado se convierta en historia»⁵⁴, asumiendo que el proceso de construcción del estado judío está terminado y cerrado en sus límites de 1949⁵⁵. Porque ni 1967 puede ser considerado como la legítima continuación de 1948/1949, ni el estado de Israel puede fundamentarse en una situación histórica, real o inventada, poco importa a estos efectos, que hunda sus raíces en dos milenios atrás, ni tampoco en la obligación de cumplimiento de un futuro mesiánico, redentor del pueblo judío cuando no de la humanidad en su conjunto. Asumir que la creación y construcción del estado de Israel ha sido el resultado de un proceso en el que el sionismo de los padres fundadores ha tenido un peso esencial, pero en el que han intervenido muchos otros sujetos que han contribuido a su desarrollo debido a una acumulación de hechos, muchos de ellos contingentes y no forzosamente parte intrínseca de la ideología sionista constructora. Si se atiende a los orígenes de las diversas oleadas inmigratorias

⁵² Sternhell, «A New Zionism for an Open Society», *Tikkun*, may/june, 1998, págs. 51-55, 1998, b. 55. En el mismo sentido Sternhell *The Founding Myths of Israel*, Princeton, 1997, págs. 318-345.

⁵³ En el nuevo curso escolar 1998-99 se ha puesto de manifiesto la creciente incidencia de la educación *haredi*, controlada prácticamente en su totalidad por el *Shas*, cuyo número de alumnos en la primaria y las *yeshivas* (escuelas religiosas) ha experimentado un aumento espectacular, al igual que el presupuesto estatal a ellos dedicado, con un descenso significativo en las escuelas de la red pública y también, aunque inferior, en las que están bajo el sionismo religioso representado en el PNR. (Véase noticias a lo largo de todo el mes de septiembre, en *Ha'aretz*, *Jerusalem Post* y las recientes estadísticas oficiales).

⁵⁴ La expresión está tomada de D. Diner, ob. cit., pág. 167.

⁵⁵ Sternhell, ob. cit., 1997, págs. 318-345, y 1998, cit.

se puede comprobar que no todos los que llegan responden al impulso de esa ideología del socialismo constructivista. Para muchos, Israel más que proyecto es refugio. Lo es para para buena parte de los judíos alemanes que llegan en los años treinta, los es para los supervivientes del Holocausto, para la mayoría de los que en los años cincuenta vienen de los países islámicos descolonizados y, en gran medida, para las últimas oleadas de inmigrantes procedentes de la ex Unión Soviética. Sin hablar de la inmigración mesiánico-política que llega sobre todo tras 1967. Y los palestinos con ciudadanía israelí que viven dentro de los límites territoriales de 1949. Y los que habitan los territorios ocupados. El estado y la realidad de Israel es resultado de la interacción de todos ellos. Todos contribuyen de hecho a su construcción, plural, conflictiva y en modo alguno esencialista. Contingente y no teleológica. El análisis crítico y la consiguiente reflexión moral sobre la historia del desarrollo del estado de Israel que se encuentra presente en buena parte de las obras de «nuevos historiadores», de «postsionistas» y «neosionistas», cumple una función catártica y no destructora de una realidad que es ya pasado incorporado al presente, y no presente en marcha. Consideramos que el utilizar la historia, en la mejor línea del pensamiento tradicionalista, como elemento legitimador, el que todo intento de desmontar críticamente la visión de Israel como superior moralmente al resto de las naciones sea considerado como un ataque desde el interior que pone en peligro las bases morales en las que se sustenta el país, su estabilidad y toda la empresa sionista o el continuar apelando a la inseguridad y a lemas como el «todos contra nosotros»⁵⁶ para justificar el que Israel siga sin tener una constitución o recurra con frecuencia más que relativa a unas leyes de emergencia que absuelven de cumplir con la igualdad de derechos y responsabilida-

⁵⁶ Una muestra, entre muchas, de este estado de opinión se puede encontrar en el reciente artículo de I. Harel a propósito de la conmemoración de los cinco años de los acuerdos de Oslo, en el que se afirma que «Mientras que nuestros enemigos están ocupados reescribiendo la historia para justificar sus reclamaciones a la tierra, nosotros estamos también haciendo un trabajo de reescritura, pero a la inversa. Estamos abandonando la verdad y abrazando mentiras. El período de Oslo no tiene precedentes en el sentido de haber minado las bases morales que son las bases de nuestra reclamación a la Tierra de Israel. Los arquitectos de Oslo dieron la espalda a nuestros profundos vínculos históricos y religiosos con esta tierra y centraron toda su atención en reclamaciones basadas en consideraciones de seguridad o argumentos territoriales. Gracias a Oslo, el gusano de la duda, que empezó a roer en los márgenes de nuestra reclamación religiosa e histórica a la Tierra de Israel se está acercando rápidamente al verdadero centro nervioso de la nación y está amenazando con ponernos de rodillas» (Israel Harel en *Ha'aretz*, 17 de septiembre, 1998).

des que tiene todo ciudadano de un estado democrático es, de hecho, la verdadera amenaza. La que plantean aquellos que se niegan a que el pasado se convierta en historia, a que la Gorgona deje paso a Clío, cuestionando, ellos sí, las bases del estado y su continuidad y la posibilidad de que se construya esa sociedad abierta, racional y democrática, una sociedad de ciudadanos israelíes que es un camino real y no un sueño. Ni siquiera de la razón. Porque, como ya dijera lucidamente Goya en su famoso grabado, «El sueño de la razón produce monstruos».

Jerusalén, octubre, 1998

Carmén López Alonso es Profesora Titular de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado *La pobreza en la España Medieval*, Madrid, 1986; *Locura y Sociedad en Sevilla. Historia del Hospital de los Inocentes (1436-1840)*, Sevilla, 1987; *El hierro y el oro. Pensamiento político en España. Siglos XVI-XVII*, Madrid, 1989; *Arcaísmo, modernidad, pensamiento político en España, siglos XIX y XX*. Madrid, 1989 (en colaboración con Antonio Elorza). Posteriormente ha publicado diversos trabajos sobre pensamiento político y actualmente trabaja sobre nacionalismo, historia y política en Israel.